

las tres muertas. El extracto del manuscrito de 1650 no era bastante explícito: ¿debían esas señoras aguardar a que estuviese dormido, para venir como los ratones a mordisquear sobre mi mesa los panes que, según era sabido, tanto les gustaban? ¿o bien, iban a aparecérseme de un momento a otro y a sentarse una a mi izquierda, otra a mi derecha, y la tercera enfrente de mí?

Dieron las doce de la noche, ¡era la hora clásica, la hora fatal!

II

LA APARICIÓN

Sonó la última campanada sin que se ofreciese a mi vista ninguna aparición. Me puse en pie pensando que estaba dispensado de ellas: había acabado de comer, y, después de una docena de leguas a caballo, empezaba a sentir la necesidad del descanso, cuando el reloj de la residencia, cuyo timbre muy hermoso, era grave y sonoro, comenzó de nuevo los cuatro cuartos y las doce campanadas con imponente lentitud.

¿Confesaré que me sentí un poco

emocionado por esta especie de retorno de la hora fantástica que ya creía transcurrida? ¿Por qué no? ¡Tan bien había sostenido hasta aquel momento mi continente de filósofo! Aunque ferviente discípulo de la razón, no dejaba por ello de ser un muchacho muy joven, un muchacho de imaginación educado en las rodillas de una madre que creía aún firmemente en todas las leyendas con que me había mecido y que no siempre me habían hecho reír.

Apercibíme del ligero malestar que sentía, y para combatirlo, pues me causaba verdadera vergüenza, me apresuré a desnudarme. El reloj había callado, yo estaba ya acostado e iba a apagar la vela, cuando otro reloj más lejano empezó, a su vez, a dar los cuatro cuartos y las doce campanadas, pero con tan lúgubre voz y tan mortal indolencia, que me impacientó formalmente. Por poco que ese reloj tuviese doble tocata como el de la residencia, había motivo

para creer que no acabaríamos nunca.

Me pareció, en efecto, durante algunos minutos, que le oía comenzar de nuevo y que daba las treinta y siete; mas esto fué pura ilusión, como pude comprobarlo abriendo la ventana. El más profundo silencio reinaba en la casa y en el campo. El cielo se había cubierto por completo, no se veía ya ninguna estrella, el aire era pesado, en el rayo de luz proyectado hacia afuera por mi bujía, se agitaba un enjambre de falenas y noctuelas. Su inquietud era señal de tempestad. Habiéndome gustado siempre las tempestades, me complací en respirar sus avanzadas. El viento me traía en cortas rachas el perfume de las flores del jardín. El ruiseñor cantó por última vez y calló en seguida para buscar un abrigo. Olvidé mi estúpida emoción gozando del espectáculo de la realidad.

Mi cuarto daba sobre el patio de honor, que era vasto y rodeado de mag-

níficas construcciones, cuyas masas ligeras se destacaban al fulgor de los relámpagos en azul pálido sobre el cielo negro. Pero pronto se desencadenó el viento, apartándome de la ventana cuyas cortinas parecía que iba a arrancar. Cerré todas las aberturas, y, antes de acostarme de nuevo, quise desafiar a los espectros y complacer a Ceferina, dando escrupuloso cumplimiento a lo que presumía ser los ritos de la evocación. Limpié la mesa y quité de ella los restos de mi cena. Coloqué las tres jarras alrededor de la cesta. En cuanto a la sal, no la había tocado; queriendo vengarme de mí mismo provocando hasta el extremo a mi imaginación, puse tres sillas alrededor de la mesa y tres antorchas encima, una delante de cada asiento.

Hecho lo cual, apagué todas las luces y me dormí tranquilamente sin dejar de compararme con el señor Enguerrando, cuyas aventuras en el te-

rrible castillo de los Ardenes me había cantado muchas veces mi madre en toda su tristeza y melancolía.

Debe creerse que mi primer sueño fué muy profundo, pues no sé cómo acabó la tempestad ni fueron sus rumores los que me despertaron; fué un tintineo de cristales sobre la mesa, que empecé a percibir a través de no sé qué ensueños, y acabé por oír en realidad. Abrí los ojos y... créame quien quiera, pero fuí testigo de tan sorprendentes cosas que, al cabo de veinte años, encuentro en mi memoria, claros como el primer día, los menores detalles de la escena.

Mi habitación estaba iluminada, aunque no vi encendida ninguna de las antorchas. Era como un fulgor verde muy vago, que parecía venir de la chimenea. Esta débil claridad me permitió ver, no distintamente, pero sí con toda seguridad, tres personas, o mejor, tres formas sentadas en los sillones

que había dispuesto alrededor de la mesa, una a la derecha, otra a la izquierda y la tercera entre las dos, de frente a la chimenea y con la espalda vuelta hacia mi cama.

A medida que mi vista se acostumbraba a este fulgor, me parecía reconocer en estas tres sombras, otras tantas mujeres vestidas, o mejor, envueltas en velos de un blanco verdoso, muy amplios, y que en algunos momentos me parecían ser nubes que las cubrían por completo la cara, el busto y las manos. No sé si se movían: en todo caso, me era imposible distinguir ninguno de sus movimientos, y, no obstante, el tintineo de las jarras continuaba como si las hubiesen empujado y hecho tropezar con cierto ritmo, contra la cesta de porcelana.

Tras de algunos instantes concedidos, lo confieso, a un vivísimo terror, pensé que estaba siendo víctima de una broma, e iba a saltar del lecho para

dar miedo a quienes querían asustarme, cuando, acordándome de que en aquella casa sólo podía tratarse de mujeres honradas, quizá de señoras de la buena sociedad, que me dispensaban el honor de burlarse de mí, corrí bruscamente la cortina y me vestí a toda prisa.

Tan luego como esto estuvo hecho, separé la cortina a fin de acechar el momento de sorprender a esas pícaras personas con un grito tan recio como me fuera posible. Pero ¡cómo! ¡ya no había nada! todo había desaparecido. Me encontraba en una profunda obscuridad.

En aquella época no se había encontrado aún el medio de procurarse luz instantáneamente; no tenía ni siquiera el de procurármela despacio con un pedernal de escopeta. Quedé reducido a llegar a tientas hasta la mesa, en la que no encontré absolutamente nada más que los sillones, las jarras,

30735

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

las antorchas y los panes en el mismo orden en que los había colocado. Ningún ruido apreciable había delatado la partida de la extraña visita: cierto que el viento soplaba aún con gran fuerza y continuaba sus plañideros quejidos al colarse por la chimenea de mi habitación.

Abrí la ventana y la celosía, no sin luchar con ella para sujetarla. Aun no era de día y la escasa transparencia del aire exterior no me permitió ver todos los rincones de mi cuarto. No queriendo llamar ni interrogar para no parecer asustado, cosa que deseaba evitar a todo trance, me encontré reducido a buscar a tientas por todas partes. Recorrí el salón y la otra habitación, continuando mis pesquisas con el mismo silencio, y volví a sentarme sobre la cama para hacer tocar mi reloj y meditar sobre la aventura.

El reloj estaba parado y las campanas del exterior dieron una media, como

para declararme que no había manera de saber la hora.

Escuché el viento, procurando explicarme sus ruidos y los que podían venir de algún rincón de mis habitaciones. Torturé mis ojos y mis oídos. Puse igualmente a contribución todo mi entendimiento para preguntarle si no habría soñado lo que creía ver. Bien pudo haber sido así, aunque no consiguiese darme cuenta del sueño que debió preceder y traer consigo esta pesadilla.

Decidí no atormentarme más y aguardar en el lecho la vuelta del sueño, sin desnudarme, para el caso de una nueva broma.

No pude dormir. No obstante, me sentía fatigado y el viento me mecía irresistiblemente; a cada momento me amodorraba, pero a cada momento también volvía a abrir los ojos y miraba a mi pesar en la obscuridad y el vacío, con desconfianza.

Empezaba, por fin, a adormecerme, cuando comenzó de nuevo el tintineo, y esta vez, abriendo bien los ojos y sin moverme, vi los tres espectros en su sitio, inmóviles en apariencia, con sus velos flotantes en el fulgor verde que venía de la chimenea.

Fingí dormir, pues probablemente no podían verse mis ojos abiertos en las sombras de la alcoba, y observé con atención. No estaba ya asustado; no sentía otra cosa que la curiosidad de sorprender un misterio divertido o desagradable, una fantasmagoría puesta en escena con perfección por personajes reales o... Confieso que no encontraba el modo de definir la segunda hipótesis: no podía ser otra cosa que una locura ridícula, y sin embargo me atormentaba como admisible.

Vi entonces a las tres sombras levantarse, agitarse y dar vueltas a la mesa en silencio, rápidamente y con incomprensibles ademanes. Mientras

estuvieron sentadas, me habían parecido de mediana estatura: en pie eran altas como tres hombres. De repente, una de ellas disminuyó, volvió a la estatura de una mujer, se hizo muy pequeña, creció desmesuradamente y se dirigió hacia mí, mientras las otras dos se mantenían en pie bajo la campana de la chimenea.

Esto me fué muy desagradable; movido por un impulso infantil, me tapé la cara con la almohada, como para interponer un obstáculo entre mi persona y la visión.

Luego, volví a avergonzarme de mi simpleza y miré atentamente. El espectro estaba sentado en el sillón colocado al pie de la cama. No le vi el rostro. La cabeza y el busto estaban, no sombreados, sino como quebrados por la cortina del lecho. El fulgor avivado del hogar dibujaba únicamente la mitad inferior de un cuerpo y los pliegues de una vestidura cuya forma y

color no tenían ya nada de determinado, pero cuya realidad no podía tampoco ser puesta en duda.

Su inmovilidad era pavorosa como si faltase una respiración bajo aquel sudario. Aguardé por algunos instantes que me parecieron siglos. Sentí que iba perdiendo la sangre fría con que me había armado. Me agité en mi lecho. Tuve la idea de huir no sé adónde. Resistí a esta idea. Me pasé la mano por los ojos, luego, la alargué resueltamente para coger el espectro por los pliegues de aquella vestidura tan visible y tan bien iluminada: sólo toqué el vacío. Luz y visión habían desaparecido. Me puse a recorrer de nuevo mis habitaciones. Las encontré desiertas como la primera vez. Bien seguro ahora de no haber soñado ni dormido, no volví a acostarme, en espera del día que no tardó en aparecer.

Desde hace algunos años, se han estudiado mucho los fenómenos de la

alucinación; se los ha observado y se los ha caracterizado. Ha habido hombres de ciencia que han practicado este análisis sobre sí mismos. He llegado a ver cómo, mujeres delicadas y nerviosas sufrían frecuentes accesos de este mal, no sin sufrimientos y tristezas, pero sí sin terror, dándose cuenta perfectamente del estado de ilusión en que se encontraban.

En mi juventud no se había adelantado tanto. No solía haber un término medio entre la negación absoluta de toda visión y la ciega creencia en las apariciones. Causaban risa los alucinados, y su mal se atribuía a la credulidad y al miedo, excusándolo únicamente en caso de grave enfermedad.

Sucedió, pues, que durante mi terrible insomnio hube de interrogarme con severidad, reprendiéndome tan dura como injustamente por la debilidad de mi espíritu, sin pensar en decirme que todo aquello podía ser efecto de una